

Miguel de Valencia

## Glosas de la cultura actual

En nuestros días, para nuestra sensibilidad, resulta deslumbrador el cromatismo de algunas escenas del Romancero castellano. Junto a las frases directas, destaca su presencia la fina alusión en los breves o dilatados poemas. Sus personajes, bien sean gráciles doncellas, ceremoniosas matronas, reyes plácidos o vengativos, caballeros y pajes del amor, quedan potenciados, vestidos en función de su paramento literario, dinámico casi siempre, desleído en la incipiente metáfora.

En los romances no son frecuentes las canciones de boda, el fino, irónico o cabal epitalamio. No obstante, el poeta ambulante, el clérigo sedentario e intelectual, los rapsodas anónimos, han esbozado los trazos generales de esas composiciones destinadas a rendir tributo de amistad, a establecer una especie de crónica rimada a la sombra de los acontecimientos que, no siendo singulares, podían exhibir caracteres de excepción.

Las bodas de Cid y Doña Jimena, captadas en la fantasía de un breve romancillo, abordan el tema del epitalamio. Hay en los versos una descripción minuciosa de los vestidos, de las joyas y arreos de los enamorados. Brilla entre líneas el hondo pensamiento de las gentes que forman la escolta, el coro de fáciles admiradores, de mujeres y maritornes sin labor. Y sobre todo se dice, en afirmación casi lapidaria, la entrega mutua, en aras de un soterrado anhelo de felicidad. De esta forma queda flotando entre insinuaciones el

total esquema de una canción, fácil de ser asimilada en nuestras fechas por cualquier poeta, por todas las parejas que gustan escuchar, en labios ajenos, los posibles y evanescentes votos de seguridad inmarcesible.

En nuestros medios ciudadanos, los poetas no prodigan los temas de aquellas canciones de boda. Sólo en algunos pueblecillos, en caseríos apartados, el rapsoda local, imitando a las vates populares de otras centurias, celebra en sus versos las morales esencias del varón, la belleza plástica, el hacendoso espíritu de la mujer que, frente a los altares, entrega su alma en la palma de la mano. Con ello revive viejas costumbres, da nueva vigencia a un menester poético sin cultivo actual, anacrónico en apariencia.

No cabe duda de que nuestra sensibilidad se ha hecho más delicada, que nuestro pulso acelera su ritmo al sólo influjo de sutilezas casi imperceptibles. Y todo ello se infiltra en los actos de nuestra cotidiana actividad. Sin embargo, hay un placer evidente en ciertas evocaciones, motivadas por un hecho concreto, brotadas de algún librito empolvado. A veces, una rápida acotación erudita nos hace volver sobre ciertas lecturas, llevados por el deseo de hallar filiaciones exactas, de fijar la línea desvaída de ciertas evoluciones.

Y así, la ausencia de epitalamios actuales, nos hace pensar en la gracia de algunas canciones de boda ya clásicas, con aires de recato, con aromas de libertad traviesa, juguetona, realista.

Quizás, una preocupación orientada en este sentido dirige la actividad de un grupo de eruditos ingleses, ahora empeñados en la tarea de reunir epitalamios y canciones de amor de todas las latitudes del planeta. Después vendrá la ordenación y el estudio comparativo. He ahí un vasto programa que habrá de convertirse en rico venero de investigaciones psicológicas.

Desde las normas equilibradas de las Bodas del Cid, la mirada se proyecta a las prosas, a los versos del poeta latino Cátulo, enamorado de la ondulante Lesbia, bella y extraña mujer que supo inspirar centenares de madrigales, epigramas y cancioncillas.

¡Cómo resuenan, también, las palabras clamantes de la Sula-

mita en los serrallos de Salomón! ¡Qué desatado caudal de ternuras sabe decir frente al pastor enamorado que supo librarla de su prisión!

Sin duda, recopilar epitalamios y canciones de amor es contribuir al esclarecimiento de esa historia del hombre, carnal unas veces; ingrávido y celeste con frecuencia.

\* \* \*

Es una labor interesante anotar las inquietudes y los proyectos científicos, como recurso para valorar con aproximación el progreso práctico, humanístico.

El año 1955 se ha cerrado con la expectación de varios congresos científicos. En ellos se han fijado los temas de mayor trascendencia actual. Sus títulos rectores señalan los más variados caminos de la ciencia en cuanto se orienta al servicio de la vida.

Los estudios astronómicos nos ofrecen nuevas hipótesis sobre los meteoritos. Los progresos de la fotografía subterránea han simplificado las investigaciones en torno a la prehistoria. La existencia de argón en la Luna, su análisis espectral, nos dice que aquel elemento procede de una desintegración producida en el potasio. La hidrología subterránea agrega inesperados conceptos a las conocidas leyes de los vasos comunicantes. El reparto de los alimentos en el mundo invita a revisar fórmulas estadísticas, anticipa datos concretos sobre la posible fertilidad de las tierras, no sólo ahora, sino en venideros milenios.

Nuevos libros en torno a una psicología animal inciden en la creencia de que los irracionales tienen sus reacciones típicas, teñidas de una idealidad *sui generis*, con indudables ramificaciones de sutileza y análisis.

Los "ultrasonidos" explican algunos progresos de la aviación, hacen pensar en su próxima aplicación médica. Y, por último, la matemática puesta al servicio de la termodinámica está a punto de revolucionar muchos instrumentos inspirados en la ya clásica máquina de vapor.

La ciencia y la vida forman una ecuación perfecta, con sus incógnitas previstas. El trabajo de los hombres convierte en realidad todo aquello que no pasaba de ser un anhelo, una aspiración concreta, pero que podía desvanecerse. Y así, desde los ámbitos de la complejidad científica se llega a los umbrales del humanismo. Las fórmulas matemáticas se truecan en algo con calor y dinamismo. En cada número hay una vibración fecunda. Y el hombre comprende que muchas horas de investigación científica están laborando su problemática felicidad.

El tema de la ciencia y de la vida vuelve a cobrar vigencia. Los filósofos le dedican sus finas lucubraciones. Los congresos científicos fijan meticulosamente un cuadro de trabajos para llevar a efecto. He ahí los hontanares de una esperanza siempre viva.

\* \* \*

El rigor cartesiano aplicado a la creación literaria se ha convertido en motivo de enrevesadas discusiones. ¿De qué manera el cartesianismo filosófico puede trasladarse a la literatura?

Diversas obras de estética enfocan, una vez más, el problema. Y las conclusiones van formando como una tremenda cúpula que sólo espera las piedras maestras que habrán de cerrarla.

De Cartesius, nombre latinizado de Descartes, se derivó uno de los términos de mayor resonancia en la historia del pensamiento.

Existe el pensador cartesiano, el artista que rige sus pensamientos de acuerdo con normas de especial contextura, el escritor que afronta el esfuerzo de la creación, sometiendo sus vuelos intelectuales a las cuatro reglas que mantienen el breve y denso *Discurso del Método*.

Podrá discutirse el valor de las doctrinas personales de Descartes, pero resulta difícil negar el vigor e impulso de su pensamiento, la fecundidad de sus consecuencias. Después de la revolución socrática, la cartesiana es la más enérgica que presenta la historia de la

filosofía. Leibniz, Spinoza, Malebranche, inician la serie de hombres geniales que hubieron de continuar la obra inmensa.

En los recintos de la literatura Descartes ejerció una influencia inmediata. La lengua vulgar conquista un lugar de preeminencia. Leibniz escribe en francés su *Teodicea*. Las reglas cartesianas informan la vida de los poetas, triunfan en los sabios. En la sociedad más frívola se habla de metafísica. Y en el mundillo de los salones literarios la disciplina cartesiana tiene su más bella traducción poética.

Dirigir el razonamiento por nuevos caminos, llevar el análisis hasta límites no previstos son armas valiosas, sólidas coordenadas de creación. Aceptar como verdaderas las cosas que realmente lo son, conducir ordenadamente las dificultades, supone vivir la preocupación que refrena la fantasía y da solidez al armazón de las obras. Dividir los escollos, hacer revisiones generales para ver que no se ha olvidado nada, resulta entretenido y necesario menester, resume, en consecuencia, una serie de categorías cerebrales suficientes para alumbrar la creación con dignidad y decoro estéticos. Filosóficamente vale el gran sistema del pensador francés como la primera manifestación de madurez del idealismo moderno.

La creación literaria orientada por la disciplina y rigor cartesianos, adquiere modalidades específicas, rumbos de exactitud.

El Ensayo, dirigido fundamentalmente a descubrir manifestaciones no percibidas de la eterna esencia de los seres y de los fenómenos, cobra prestancia intelectual cuando se inscribe en normas de solvencia indiscutible. El atisbo, la nota inesperada, las dos líneas de sello original que el ensayista nos brinda, como tesoro de su peregrinación despierta por el recinto de las ideas, la certeza de sus afirmaciones, nacidas no del optimismo confiado, sino de la duda inteligente, justifican el esfuerzo y le dan validez.

La biografía, exposición de la vida, acciones y trabajos de una persona, exige ciertas cualidades esenciales. Exactitud e imparcialidad en la exposición de los hechos, claridad, concisión en el estilo. Género que ha conquistado en la erudición un lugar importante a medida que se comprendió la utilidad de bucear en los orígenes y

de penetrar en los detalles para ver los hombres tales como son, despojados de esa clase de prestigio oficial con que la historia los reviste por sistema.

En la antigüedad, libros como las *Vidas Paralelas*, de Plutarco, y las *Vidas de los Sofistas*, de Philostrates, sirvieron de poderoso auxiliar a la ciencia histórica. Su método, comparativo, de contraste, conoce el rigor del enfoque sucesivo y de la revisión que fija o elimina. He ahí una luminosa anticipación del cartesianismo concebido como recurso ancilar de la ciencia literaria.

Es cierto que se vive de la duda y que el equilibrio inestable de la inteligencia se resuelve mediante el análisis, lanzándose por todos los caminos, aceptando la verdad cuando nos desborda, idealizando desde la realidad en afán de claridad y evidencia. Duda metódica en la que se indaga el último criterio de toda verdad.

Descartes pudo iniciar nuevas formas de ejercitar el pensamiento. Penetración, orden, disciplina son normas de valor indudable, tal vez más valiosas que su propia filosofía. Con razón escribió d'Alembert: "Todo se lo debemos a Descartes, hasta las armas de que nos servimos para combatirlo".

Sin duda, el cartesianismo está llamado a producir grandes frutos en los recintos de la creación literaria, sobre todo en los particulares dominios del Ensayo, biografía, series hagiográficas, memorias, tronco este último del que se desgajan las confesiones, diarios íntimos y confidencias.

\* \* \*

La selva amazónica ejerce sobre los hombres una incitación permanente. Las voces, los rumores del "infierno verde" transcriben la canción de flexibles sirenas ponzoñosas. Así nos lo dicen los exploradores centroamericanos que, recientemente, han establecido contacto con unas tribus amazónicas de hombres blancos, radicados entre las llanuras de la maraña vegetal, quizás durante siglos, aislados del mundo civilizado. Recordemos que la primera noticia sobre estas tribus fué dada hace años por tres aviadores peruanos.

Cada vez que la atención se instala en los ámbitos de la selva virgen, renace la posibilidad legendaria de "las vírgenes guerreras", de sus "muirakitanes", aquellas piedras verdes que fueran talismán de amor entre algunas agrupaciones rudimentarias de indios amazónicos.

La leyenda nos dice que las mujeres tallaban las piedrecitas, armónicas, con dibujos de pájaros en vuelo, con tracerías de caprichosas imaginaciones. Las vírgenes guerreras las entregaban a sus esposos, como una bella ofrenda. Quizás la fantasía se ha visto desbordada por la realidad.

Se cuenta que Sir Walter Raleigh poseía uno de estos talismanes. Sus amores con Isabel I conocieron la gloria de varios lustros. Y ello, a pesar de sus reiterados desastres políticos. Sólo perdió su prestigio durante el reinado de Jacobo I. El amuleto de amor no tuvo validez, porque en Inglaterra gobernaba un Rey.

Nadie ha visto a las mujeres guerreras, aunque el padre Cristóbal de Acuña escribiera que "los fundamentos que hay para asegurar la existencia de las amazonas son tantos y tan fuertes que sería faltar a la fe no darles crédito".

Tal vez las amazonas no son más que una ficción cuya existencia no pasó del poder imaginativo del aguerrido conquistador Orellana. Y, sin embargo, las piedras verdes, atribuidas a su meticulosa industria, existen. Buffón decía que eran "piedra nefrítica", en período de transformación. Otro naturalista, Ormalius, las juzgaba de la familia de las silicias. Humboldt aseguró que eran feldespatos.

¿Qué manos labraron esos amuletos?

Acaso, en la historia de la cultura, representan las primeras señales de un arte florecido en los plácidos crepúsculos de la selva. Quién sabe si algún día las mínimas aldeas amazónicas serán puestas en comunicación con el mundo civilizado. Será como un presente de incalculables fantasías, arrancado a las frondas vegetales. Algo muy posible. Porque ahí está el ejemplo de civilizaciones y leyendas que, durante siglos, durmieron en lechos de arena, volubles, fáciles al remolino que ordena el soplo de los vientos.

\* \* \*

Sayed Darrouich murió en Alejandría hace treinta y dos años. Su obra es poco conocida en el mundo occidental. Sin embargo, es de una importancia considerable en la historia de la música oriental. Cables llegados del exterior nos dicen que todos los años se recuerda al creador de muchos y originales temas de inspiración folklórica.

La cultura musical de Sayed Darrouich no fué muy extensa. Pero era un hombre genial y supo incorporar a sus creaciones la fuerza vernácula de las armonías esencialmente orientales.

Para ello se inspiró en la manera de cantar de diversos grupos de hombres. Las melodías típicas de los albañiles y carteros, de los cocheros y aguadores le sirvieron de punto de arranque para llevar a efecto una fusión de temas que estaban dispersos. El resultado, como era lógico, se tradujo en una música que significaba para el pueblo el acicate de sus más íntimas vibraciones. Hoy día, la gran música egipcia, tan emparentada con ciertas modalidades del cante flamenco, ha recogido todas las aportaciones del hombre que supo fundir las ensoñaciones románticas del pueblo y las sacudidas viscerales de un realismo callejero.

En la historia de la música oriental se registran los nombres de algunos precursores de Darrouich. En siglos pasados existió el famoso Mocadam de Cabra que recogió infinidad de temas populares. Y más cerca de nosotros se destaca el nombre del magnífico Ziriab, gran cantor que se hizo escuchar por los magnates de la época. Muchas de sus innovaciones métricas sirvieron de punto de partida para articular algunas de las canciones populares andaluzas, tales como la malagueña y la petenera.

La vida artística del músico egipcio nos sirve de punto de referencia para explicar la tendencia de algunos músicos modernos occidentales. La gracia imperecedera de algunas composiciones de Falla y de Albéniz tienen su hontanar en esa simbiosis de las tendencias cultas con la ensoñación popular. Ahora bien, para que esa fusión adquiera auténtica categoría estética es preciso que sea llevada a



efecto por un hombre de inteligencia y de fina sensibilidad. La síntesis de elementos tan dispares exige de perfectas ensambladuras. Y entonces se obtiene el juego lumínico de distintas piedras preciosas engastadas armónicamente.

La música de Sayed se hizo rápidamente popular. Llegó hasta los teatros. El músico y actor hizo jiras por todo el Oriente. Y los públicos lo escuchaban con recogimiento, con verdadera unción. Llegó incluso a componer óperas, inspirándose en los dulces y atormentados amores de la sin par Scherezada. Ahora su recuerdo es impercedero.